

atacando cuando fuese menester, amaría, compadece-
ría, ayudaría y vería siempre ante sí, en el horizonte,
algo más elevado que su propia ambición. Y pregun-
tando todavía á su conciencia mientras montaba en el
tren, quedó satisfecho de poder darse á sí mismo la
certidumbre de que, fuere cual fuere la altura á que
su antiguo discípulo llegase, él no lo adularía ni lo
envidiaría nunca.

CARAS NUEVAS Y AMIGOS VIEJOS

En *** fué recibido Emilio Ratti con gran regocijo
por la familia Goli y por su hermana, que estaban
los tres contentísimos por el feliz éxito alcanzado en
aquellos exámenes, con los que se cerraba el periodo
más duro y más incierto de su vida profesional; al
joven le pareció volver á puerto de refugio después
de un largo viaje de nueve años, con alguna que otra
contusión, con muchas ilusiones menos y con aquel
deseo de paz y de reposo que es el primer indicio
del término de nuestra juventud; pero alegre de haber
vivido mucho y de haber encontrado de nuevo la sen-
da de los estudios y adquirió en las pruebas pasadas
nuevas fuerzas para los trabajos nuevos que le espera-
ban. Aún abrigaba el joven la duda de si la Junta
municipal de Turín, por carencia de plaza, no podría
nombrarle para aquel año; pero una mañana recibió
el nombramiento de maestro en la escuela suburbana
de Luceato, con mil pesetas de sueldo; era la retribu-
ción más elevada que había tenido en su vida. Enton-
ces nada más deseó.

Pero un acontecimiento extraordinario para su ciu-
dad natal debía poner término á la existencia de maes-
tro rural de Emilio; tal fué la celebración de las con-
ferencias pedagógicas que el Provisor de Turín había
anunciado seis meses antes, y á las cuales acudirían
maestros y maestras de todos los pueblos del Piamonte,
estimulados tal vez por la gratificación de veinticinco
pesetas que para todos se había señalado. Las confe-
rencias habían de durar siete días. El Ayuntamiento

de *** había destinado para las reuniones una iglesia
vieja, y había preparado gran número de camas. Sería
una especie de función académica original y solemne,
en la que Emilio Ratti vería, de seguro, á muchos de
sus antiguos colegas de los pueblos. Este pensamiento
lo alegraba. Pero tuvo antes otro placer vivísimo en
los primeros días de Septiembre: la llegada impre-
vista de su prima, que cayó una noche repentinamente
en casa de la familia Goli, llevando la piel de un
llama para la señora; una tacita de tomar el mate
para el marido; un hato de flechas indianas para Emi-
lio Ratti, y dos cardenales con verdes moños para la
hermana. La prima iba vestida de una manera ex-
traña: llevaba sobre los hombros una especie de pon-
cho con cuadros blancos y negros, como tablero de
ajedrez, y se presentaba más risueña, más nerviosa,
más vehemente, más poética que al marchar para Amé-
rica; no parecía sino que con los aires del Nuevo
Mundo hubiese penetrado en su sangre un soplo nuevo
de frescura y de aturdimiento juveniles.

Durante dos ó tres días ensordecíó, deslumbró, con-
movió y distrajo á todos con narraciones de una ex-
travagancia agradabilísima, haciendo que pasasen ante
los ojos de sus oyentes los horizontes de las Pampas
y del Atlántico, las calles de Rosario y de Buenos
Aires, los pueblecitos de la colonia y de la isla del
Paraná. La maestra había abandonado la América ha-
cía ya dos años, solamente por la insuperable necesidad
que la movía de cuando en cuando á cambiar cuanto
la rodeaba. Ahora tenía asegurado un puesto en Turín,
en la casa de una familia argentina muy rica y que
descaba tener una maestra italiana que hablase es-
pañol. Pero después buscaría otra plaza en una es-
cuela italiana de Africa, que había sido siempre su
idea fija; tenía pensado ir á reunirse con una amiga
suya del Piamonte, á la cual había enviado el Gobier-
no á Trípoli de Suria, para que dirigiera una escuela
infantil, donde había un centenar de niñas árabes que
aprendían el italiano.

¡Ah! pero en ninguna parte encontraría escuelas tan
extrañas y al propio tiempo tan poéticas como las es-
cuelas italianas de Buenos Aires, si bien las estropeaba

un poco la manía deplorable que allí existe de las declamaciones y de los espectáculos en miniatura. Aquellas escuelas eran como la imagen de la Italia del porvenir, con los retratos del Rey Humberto y de José Mazzini, uno al lado de otro; con aquella historia contemporánea que allí se enseñaba, velada ya por la poesía como una leyenda, y con aquella afición alegre de aventuras que hasta las más pequeñitas parecían beber en las aguas del Plata. ¡Qué variedad tan peregrina de escolares había allí, donde se veían caras y se oían voces de todas las partes de Italia; hasta el extremo de que, si se hiciese leer seguidamente á diez alumnas, equivaldría eso á oír la voz de todas las provincias, desde Venecia hasta Palermo! Las había nacidas allí; pero todas eran italianas por el corazón y por la lengua, á consecuencia de la educación que de sus padres recibían; otras que no conservaban de su patria más que una reminiscencia vaga que confundían con un sueño; bastantes que habían nacido en los buques ó en los puertos; muchas recién llegadas y grandecitas ya, con la familia trastornada aún, y que cuando oían nombrar á Italia, de la que recordaban mil cosas, bajaban la cabeza y derramaban lágrimas, y muchísimas ya medio aclimatadas (1), las cuales de día en día, y á pesar de la escuela, iban perdiendo no poco de su «italianismo», ó en la memoria, ó en la lengua, ó en el sentimiento patriótico.

La conversación de la prima de Emilio Ratti era amenísima cuando narraba las fatigas que sobrellevaban las maestras para defender el italiano del castellano invasor, y cómo, á despecho de todas las medidas, la lengua del país se filtraba por todas partes, forzando los giros de las frases, de suerte que algunas composiciones de las chicas presentaban un carácter bilingüe extraordinariamente cómico, que parecía haber sido buscado para entretenimiento y broma. ¿Cómo no perdonar riendo á una niña que escribe: «Signora »maestra, yo mi arrepiento della mancanza que ho »commesso... yo le quieggio perdono, signora, ed es- »pero che vovra concedermelo», con su acento en la ó

(1) *Americanadas* dice el original; y aunque la voz *aclimatadas*, como más general, no corresponde exactamente á la eupléada por Amicis, traduce á nuestro entender, muy aproximadamente su pensamiento.—(N. del T.)

y todo? Y, sin embargo, no entristecía, por el contrario, observar cómo nuestras niñas olvidaban su lengua más pronto que todas las demás las suyas, precisamente porque no la conocían ó la habían aprendido mal en las primeras escuelas de Italia, casi como un idioma extranjero. Había, sin embargo, compensaciones. ¡Era tan dulce enseñar la historia patria á tanta distancia del país natal! Todos aquellos nombres y todas aquellas fechas que recordaban tan á menudo en las escuelas, Garibaldi, Víctor Manuel, el 59, Marsala, 20 de Septiembre, Daniel María, las cinco jornadas, ¡qué sonido tan nuevo adquirían entre aquellas paredes! ¡Qué impresión tan viva causaban en el corazón de aquellas muchachas! ¡Oh, sí! Mucho más vivas que en las de por acá.

En la enumeración de los días memorables de nuestra historia, cuando la maestra refería una narración de oportunidad en su clase, notaba que todas aquellas caritas se encendían, que brillaban todos aquellos ojos, que caían lágrimas en los bancos y que hasta las alumnas más pequeñas, á quienes se comunicaba el sentimiento de las mayores, sin comprenderlo del todo, ponían en los cánticos que recordaban á la Italia lejana, acentos y vibraciones de voz que llegaban al alma.

—¡Ah, sí! También yo,—decía la maestra,—también yo, aún siendo como soy una cabeza vana, un alma nacida para la existencia vagabunda, sentía una gran nostalgia cuando se desencadenaban en Buenos Aires aquellos terribles temporales negros, en los cuales parece que más allá de las nubes se ha extinguido la luz del sol; y entonces, contemplando el mapa de Italia clavado en la pared, formaba yo el propósito de volver á la patria en el primer vapor correo, á toda costa, aunque debiese desembarcar en Génova sin otro vestido que el puesto.

De sobra sé que aquí nos tratan mal y nos pagan peor; ¡pero es Italia! ¡Oh! á propósito,—dijo en una de sus usuales transiciones bruscas:—¿Saben ustedes que había allí un negro que quería robarme?

De este modo alegraba la compañía y se entretenía ella también mientras esperaban las próximas conferencias, que habían de presentar á la vista de la maes-

tra la más numerosa reunión de compañeros y de compañeras que ella había visto desde que hizo los ejercicios de reválida. Y decía, bromeando, que cuando ella se viese entre tantos colegas hambrientos, se espantaría como el conde Ugolino, al ver

«En mil semblantes, su semblante mismo.»

Los alistados para las conferencias eran cerca de mil; comenzaron á llegar un domingo; cada tren dejaba unos cincuenta; el último de la noche llevó, solamente de Turín, doscientos. Pero como ellos, apenas llegaban, se ponían á recorrer la población, parecía como si en la ciudad se hubiese duplicado en pocas horas el número de habitantes.

Pero nunca se había visto una multitud cuyo aspecto presentase más variedad ni mayores singularidades. En medio de maestros atildados y elegantes, veíanse maestros rurales con inmensas corbatas de lana negra y con unos cuellos enormes de tela hasta ocultos bajo la «cazadora» (1). Al lado del aristocrático profesorado de los primeros colegios de señoritas establecidos en Turín, las campesinas de seno abultado y de toscos trajes de cuadros, á las cuales solamente faltaba la cesta de huevos al brazo; mezclados con éstas y con aquéllas, sacerdotes de todas edades y de todas formas, vistiendo sotanas de todos los colores, desde el negro reciente hasta el verde de repollo, con botinas lujosas de piel delicada y con zapatones rotos, con pañuelos blanquísimos y perfumados, y con moqueros grandes de hierbas, azules y llenos de tabaco.

Aún en la misma clase rural se echaba de ver mucha variedad: señoritas había con guantes hasta el codo y con vestido de á real el metro; maestras vestidas con lujo verdadero, y cuyo traje representaba, lo menos, la retribución de tres meses, y quién sabe qué larga serie de almuerzos y de comidas aéreas;

(1) La Academia Española no se había enterado aún, cuando publicó la última edición de su Diccionario, de que existe una prenda del traje masculino que lleva ese nombre. Tampoco estoy yo muy seguro de que entonces se la denominase de esa manera. Pero hoy todos conocen la *cazadora*, y no veo que haya inconveniente en emplear el vocablo en este sentido. — (N. del T.)

figuras de actrices, de obreras, de colegialas, de modistillas, de hembras emancipadas, de conferenciantes viejas, de viuditas descaradas; entre los hombres veíase otra gradación no menos extraña de tipos y de valores intelectuales; desde el maestro estudioso y educado, autor de libros premiados y difundidos, al maestro rutinario que no ha leído un libro hace veinte años, y ronca en la escuela, y en la taberna ejerce de Marat. Toda la ciudad parecía transformada en una escuela normal en hora del recreo. Las calles y los pórticos de los edificios estaban atestados. Maestros y maestras de una misma población ó de un distrito mismo, en grupos de ocho, ó diez, ó doce, en hileras iban por las calles, en procesiones diminutas formadas por dos filas, que á cada momento quedaban rotas y puestas en desorden por el encuentro de amigas, por reconocimientos inesperados, por formaciones espontáneas de corros y de grupos que interceptaban el paso. También los habitantes de la ciudad andaban revueltos con los forasteros, maravillados, entretenidos con el original y variado conjunto de aquella muchedumbre que llevaba por todas partes oleadas de juventud, de literatura, de pedagogía, de amores, de esperanzas hermosas y de infortunios viejos.

Uno de los primeros curiosos que se lanzaron á la calle fué Emilio Ratti, impaciente por hallar algún amigo, y he aquí que de manos á boca se encuentra con el señor Leri, de Garasco, solo, algo retocado y pinado hacia las sienes, un poco cargado de hombros por la edad, pero siempre majestuoso, grave, como abrumado por grandes pensamientos. Emilio no pudo menos de sonreír recordando la gran obra «La religión y la escuela», y pensó preguntarle á qué tomo había llegado... de Gaboriau; pero el presbítero se acercó á él con una compostura tan propia de elevado dignatario de la Iglesia, distraído por un instante de una meditación profunda, que la pregunta murió en los labios del joven antes de haber sido formulada. Dejóle después de los primeros saludos para buscar á otro. Pero la obscuridad, cada vez mayor, le impidió reconocer caras nuevas.

No se le escapaban, sin embargo, en aquella obscuri-

dad sus muchísimos colegas, de uno y de otro sexo, que esperaban la hora de irse á dormir, apoyados en las pilastras de los soportales ó recostados en las esquinas; vestidos pobremente, con la cara atónita ó fatigada, y que parecían avergonzados de encontrarse entre tanta gente y humillados por estar fuera de su casa, como emigrantes amontonados á la bajada de un puerto; el mismo Emilio, en ciertos momentos, también se ruborizaba por ello, como en otra ocasión le había sucedido. Pero muy pronto se sublevaba espontáneamente contra ese rubor que era irracional. ¿Por ventura no ofrecerían igual espectáculo cualesquiera profesiones de la sociedad, todas las cuales eran una prueba inequívoca de la desigualdad decretada por la naturaleza? ¿No se verían diferencias más lastimosas aún si se hubiesen reunido en un día y en un punto determinado todos los médicos y todos los abogados, desde Moleschott y desde Orsini, hasta los últimos medicastro (1), y hasta los últimos rúbulas del Estado? Desechados estos pesares, fué en cambio invadido, poco á poco, de aquel estremecimiento de alegría y de altivez que flota y se respira en todas las grandes reuniones de personas de idéntica profesión, en quienes, el hallarse en masas numerosas, revive el sentimiento de la propia importancia social y la conciencia de la fuerza propia, como en los soldados el ver formado su cuerpo de ejército sobre una vasta llanura.

En la mañana siguiente, antes de las ocho, al atravesar la plaza, que estaba ya completamente llena de maestros y de gentes que habían llegado á la población para concurrir al mercado semanal, en el momento en que pasaba Emilio entre dos tenduchos de vendedores de telas, se encontró de frente con Faustina Galli.

Después de la primera exclamación de sorpresa, el uno y la otra hicieron un gesto vago, poco determinado, pero con el cual ambos expresaron el común pensamiento de que un apretón de manos era muy poco

(1) *Castracani* dice el original. este vocablo no tiene equivalente exacto en castellano; para no inventar una palabra, acaso demasiado expresiva he empleado *medicastro*, que como las: *mediquillo*, *medicucho* y *curandero*; expresan aproximadamente el pensamiento del autor. (N. del T.)

para manifestar el regocijo que experimentaban al volver á verse.

—La he buscado á usted—dijo el maestro con la voz un poco alterada: ya sabía que usted estaba en Turín; el señor Samis me lo había dicho.

Sí; residía en Turín hacía ya un año. Como no pudiera habituarse á vivir en el pueblo en que había muerto su padre, se había presentado á los concursos para plazas de Turín, sin grandes esperanzas, pero había logrado salir adelante, quizás porque habían dado un tema de italiano que á ella le agradaba mucho: «La poesía de la infancia». Había sido nombrada maestra en el arrabal de Rubatto. Allí tenía la ventaja de ser maestra de ciudad y de vivir casi en el campo, lo mismo que antes. Sus discípulas eran aún, en su mayor parte, hijas de campesinos. Tenía habitación para ella en el mismo edificio de la escuela. Habíale tocado un buen director. Estaba contenta.

Contemplábala Emilio Ratti; algo había en el rostro de la maestra que denunciaba aquellos tres años más; pero consistía apenas en una ligerísima huella del cansancio y de los padecimientos que, merced al opulento vigor de su naturaleza, podría ser borrada por el amor y por la tranquilidad. Aún no tenía un solo hilo de plata en sus sedosos cabellos castaños; conservaba siempre aquella boca pequeñita, fresca, dulce, bondadosa, de la cual parecía que brotaban, como flores, las palabras bellas y generosas.

Ratti la miró con fijeza, con esa mirada que busca los recuerdos y que semeja el esfuerzo realizado por el oído para percibir las notas de una música lejana. Sintió que penetraban en su corazón olas de ternura. Bajando sus ojos hacia el seno de la joven, vió el vestido que formaba un poco de bolsa en los hombros (el defecto usual en los vestidos que ella misma se cortaba) y el ver aquello acabó de enternecerle.

—Siempre he recordado á usted—le dijo de pronto, —y la he querido siempre mucho.

Faustina movió graciosamente la cabeza, como para decir: «Lo dudo». Después le preguntó dónde era maestro. Cuando le oyó contestar que en Turín, pareció que procuraba, sin conseguirlo, ocultar la impresión

de sorpresa agradable que producía en ella la noticia. Preguntóle cuando habían sido los exámenes.

Emilio le expuso una especie de relación de los tres años pasados en Camina y en Bossolano, y le contó cómo se había decidido á tomar parte en el concurso; pero hablaba casi maquinalmente. Hablando pensaba en aquel terradillo de esquina; en aquellas palabras santas acerca de la infancia que Faustina le había dicho en los primeros días de conocerla; en la fuerza heroica con que había soportado las angustias y las privaciones; en aquel «no puedo ya más», desesperado, que ella había lanzado reclinando la cabeza en su pecho; en aquella amonestación fraternal que había murmurado en su oído, haciéndole estremecer hasta el corazón: «No beba usted»; y también recordaba la última vez que la había visto en el terradillo, abrumada por el temor del inminente fallecimiento de su padre, pero firme, casi altanera contra el dolor y tan absorta é inmóvil, que á Emilio le había faltado resolución para saludarla. Entonces se interrumpió para decirle otra vez, con voz más conmovida aún: «Siempre he querido á usted mucho.»

—¡Vaya una gran cosa!—respondió ella sonriéndose.—Y yo á usted también. ¿No hemos sido siempre buenos amigos?

Y abriendo y cerrando la lindísima boca, como si enviara besos por el aire, le dijo cuánto había padecido al verle emprender un mal camino y cómo se había regocijado cuando había vuelto á ser el mismo de antes, y con qué tristeza había mirado á la ventana de la habitación ocupada antes por Emilio y entonces no ocupada por nadie, al volver del camposanto adonde había ido para acompañar el cadáver de su querido padre. Pero el maestro casi no la escuchaba, no oía sus palabras.

Emilio pensaba otra vez en que verdaderamente Faustina era la criatura más buena y más noble que había conocido en el mundo, después de su madre: pensaba en aquella expresión indefinible que solía relampaguear en el rostro de la joven cuando él le decía alguna palabra de amor; expresión que le permitía adivinar los tesoros de ardor y de ternura de amante

que Faustina Galli escondía en el fondo de su alma; pensaba qué fuerte y qué fiel compañera sería para un hombre aquella mujer en la cual nunca había podido descubrir nada que fuese vulgar ni frívolo, y que parecía formada, á un tiempo mismo, para combatir y para amar, para sufrir y para hacer la felicidad de otros! ¡Tan amable, tan inteligente, tan animosa, tan modesta! Y repitió con mayor emoción todavía:—Yo siempre la he querido á usted mucho.

Faustina lo miró; y pasó por sus ojos una expresión dulcísima, abrió los labios... pero no llegó á pronunciar una sola palabra. Miró en rededor, consultó el reloj y con acento suavísimo é inseguro, que no correspondía en manera alguna al significado de sus palabras, le dijo muy deprisa:

—Tengo necesidad de ir á una reunión con dos amigas. Volveré á verle en las conferencias. De todas maneras, alguna vez nos encontraremos en Turín. Y le preguntó cuándo partiría.

Como estaban ya á fines de Septiembre, el maestro había determinado partir en la última noche de conferencias para encontrarse en Turín algunos días antes de la apertura de las escuelas. Ella también partiría en aquella noche.

—¿Haremos el viaje juntos?—preguntó el maestro.

—Todos lo haremos juntos—respondió la joven sonriéndose.—El último tren se llevará de aquí á medio mundo.

Después continuó, poniéndose otra vez seria:

—Tendré el gusto de volver á verle en Turín.

Aquella era la expresión y aquel era el tono con que se había negado siempre á sus solicitudes en Altarana. El joven sintió una impresión de frialdad en el pecho. Tendiéndole su mano, le dijo con tristeza:

—Hasta la vista.

Pero cuando se hubo alejado unos cinco pasos, volviéndose de pronto, vió que ella se había vuelto también, y recogió al vuelo una mirada suya tan dulce, tan viva y tan luminosa, que inundó su corazón de alegría. ¡Ah! Sí; aquella era la mirada que entregaba el alma y decía la verdad. Continuó alejándose regoci-

jado y sumergido del todo en aquel presentimiento como en un rayo de sol.

Media hora después acudió Emilio á la primera conferencia y asistió después á todas las otras con gran curiosidad, como á un espectáculo de teatro. Las conferencias estaban dirigidas por el Provisor Megari, cuyo aspecto envejecido produjo en Emilio de pronto, una impresión de tristeza que turbó el placer de verlo. El señor Megari estaba con otros profesores detrás de una mesa cubierta con un tapete verde y colocada delante del altar mayor. El templo se hallaba completamente lleno, y en los intervalos de una lectura á otra, ó de uno á otro discurso, resonaba un murmullo ensordecedor, como si estuviese la iglesia atravesada por un torrente. Allí dentro veíase más extraña todavía que al aire libre la variedad inmensa de la falange del magisterio, porque allí se abarcaban de una sola ojeada y á centenares los sombreritos adornados con plumas y flores, los pañuelos de la cabeza de las maestras campesinas, los solideos de los sacerdotes, las cabezas blancas, las cabelleras grises y ensortijadas de los viejos originales, el pelo lustroso y bien peinado de los maestros jóvenes. Aquello estaba constantemente en fermentación; las discusiones tendían muchas veces á convertirse en verdaderas borrascas.

Muchos habían acudido á las conferencias con proposiciones innovadoras, meditadas durante un año, y en las que estaban empeñados con pasión de monomaniacos; algunos llevaban propósito de pronunciar discursos en los cuales pretendían tratar de media sabiduría humana; otros pretendían denunciar actos de injusticia y solicitar reparaciones; y á todos éstos, cuando comenzaban á perorar, las interrupciones ó los disonamientos de opinión les causaban grandísimo enojo. Existían, además, entre algunos, rivalidades de escritores didácticos, rencores originados en controversias periodísticas y que estallaban á la más insignificante contradicción. En el fondo no decían nada nuevo; refrescaban, con muy escasas variaciones, lo que desde diez años antes sabían de memoria todos los maestros medianamente cultos. Pero había tres ó cuatro oradores de ideas claras y de palabra fácil que atraían al

auditorio y mantenían á cierta altura las discusiones: uno malhumorado, agresivo y atronador, que parecía la encarnación del disgusto de toda la clase; otro que empleaba las tres cuartas partes de cada discurso suyo en esclarecer mejor, como él decía, los conceptos que desde la primera vez habían comprendido todos perfectamente y hablaba siempre con una extraordinaria humildad de frases y de entonación, como si hubiese tenido un auditorio de emperadores, y una señorita muy fina, con voz de «soprano», y con una arrogante pluma blanca en el sombrero, audaz, batalladora, incansable. Las discusiones, por otra parte, eran amenizadas por toda clase de episodios grotescos. En el primer día una maestra rural, ya bastante anciana, leyó un soneto cuyo asunto nadie comprendió, escrito en honra y gloria de los santos á quienes los campesinos colocan á la puerta de los establos. Otra, rural también, pidió la palabra para una cuestión de didáctica y comenzó soltando tres ó cuatro despropósitos gramaticales de tal magnitud, que el auditorio imploró por favor que callase, y la maestra accedió á ello galantemente. Hubo, por fin, un sacerdote campesino, muy grueso, que habiendo comenzado su discurso con la entonación adecuada al asunto y al lugar, dejóse arrastrar poco á poco y sin advertirlo, por la costumbre de hablar desde el púlpito, y entonó un verdadero sermón, casi cantado, con toda la mímica convulsiva propia del orador sagrado, invocando, suplicando, imprecando, lo que produjo una batahola del infierno. Ratti, para quien eran nuevas las reuniones de esta clase, casi más se entretenía con el aspecto del auditorio que con los discursos de los oradores. La parte campesina de la concurrencia se inflamaba muy fácilmente; había maestrillas entusiastas que otorgaban aplausos á todos los maestros jóvenes, mostrando al aire sus brazos desnudos; y otras más interesadas en la cuestión controvertida allí, que acogían algunos juicios de los adversarios con signos y con gritos de acalorada negación, haciendo temblar todas las plumas del sombrero, ó bien escuchaban en silencio, pero sonriendo con sonrisa sarcástica; muchas tomaban notas con rapidez, sin alzar la vista del libro de memo-

rias. Pero la inmensa mayoría de las rurales se enojaban porque no comprendían nada. Algunas maestras se ocupaban allí en hacer calceta. Una dijo á Emilio, que estaba al lado suyo:

—No los entiendo; hablan un italiano *muy cerrado*.

Sin embargo, casi todos los rurales estaban maravillados de la cultura y de la elocuencia de sus compañeros de la ciudad, que hablaban como otros tantos abogados; y estaban al propio tiempo asustados de la audacia de los maestros jóvenes, que se atrevían á dirigir observaciones y aún á contradecir al Provisor real. ¡Y con qué tono! Parecía encontrarse ya en plena revolución académica, y que el mundo estaba próximo á volverse de arriba abajo. Después, entre éstos que formaban la plebe de aquel pueblo y los otros que brillaban en primer término, se agitaba, palpitaba una muchedumbre de maestros y de maestras formada por las medianías, y que estaban llenos hasta el cuello de ideas, de propósitos, de iras y de ambiciones, pero que no se atrevían á hablar; éstos se desahogaban en voz baja con los que tenían cerca, desaprobando cuanto decían los oradores, y á la salida, encolerizados por no haber tenido valor para pedir la palabra, sujetaban á sus amigos y les atronaban durante horas enteras. La salida era siempre ruidosa: delante de la iglesia y por las calles adyacentes se formaban corros en los cuales continuaban las discusiones y se repetían alguna vez las muestras de desaprobación ó los aplausos. En esta confusión, en la mañana del día segundo, Emilio vió á la maestra Galli, que le saludó sonriéndose, y desapareció entre la multitud antes de que el joven pudiese acercarse á ella; otro día tropezó con el maestro señor Calvi, insaculado en su gabán ajado y viejo, con un gran fajo de papeles debajo del brazo y con cara de disgusto. El joven le saludó; pero Calvi apenas le devolvió el saludo, y moviendo la cabeza, dijo con una sonrisa de conmiseración amarga:

—¡No tienen ideas! ¡No tienen ideas!

Y se alejó encorvado bajo la pesadumbre de las suyas. A mitad de semana habíase ya formado una red apretada de amistades y de relaciones, como entre

los habitantes permanentes de un pueblo. Los oradores más brillantes eran señalados con el dedo por las calles y pasaban entre murmullos de curiosidad; ya eran conocidos todos los maestros de ingenio que habían conquistado alguna celebridad, aunque fuese pequeña, en la prensa profesional como paladines valerosos de «la causa»; conocidas eran también las maestritas conferenciadoras y escritoras de Turín; buscados y asediados con preguntas algunos maestros y algunas maestras rurales que se habían hecho famosos por aventuras extrañas y persecuciones súbitas, que habían dado vuelta alrededor de todos los periódicos; rodeados y festejados tres ó cuatro maestros viejimos, célebres por sus sesenta años de servicios y por sus medallas, y mencionados como ejemplo en los discursos de ocasiones solemnes. A todos los cuales disputaban la atención pública seis ó siete maestras hermosísimas que andaban recorriendo la ciudad desde por la mañana hasta por la noche. A muchos de estos les habían puesto ya sendos apodos que todos repetían: «La reina de Saba», á una maestra de cuarenta años, vestida teatralmente, con galones de oro en el pecho; el «Pastorcillo de Arcadia», á un orador melifluo; á otro, «Napoleón el Grande»; «Confucio», á uno que había mentado muchas veces las escuelas de primera enseñanza del Imperio chino.

Todas aquellas gentes se habían mezclado y confundido: las agrupaciones numerosas del día de la llegada se habían deshecho en su mayor parte, y habíanse formado otras nuevas, producidas por la edad, por el carácter, por las simpatías mutuas: grupos de ancianos y de ancianas; pelotones de maestritas y de maestros de veinte años á quienes comenzaba á hervir el cerebro; conciliábulos de discutidores perpetuos; comparsas alegres que iban de almuerzo ó de merienda á las colinas próximas y tornaban á la ciudad por la noche cantando y ostentando flores en el ojal. Cada cual ajustaba su modo de vivir á las condiciones de su bolsillo. Muchos maestros campesinos habían reducido su alimentación á un poco de pan y fruta, y dormían en las camas que á su disposición había pue-

to el Municipio en las escuelas y establecimientos benéficos, de manera que podían llevarse á cada diez ó doce pesetas, de las veinticinco que les habían sido asignadas. Los profesores de las ciudades, por el contrario, invadían los cafés y las fondas donde se oía hervir una alegría ruidosa hasta las altas horas.

Emilio Ratti pasaba allí las noches para estudiar desde entonces á sus futuros compañeros de la ciudad; pero nunca pudo seguir el hilo de un discurso en medio de aquella tempestad de voces entre las que resonaban mil veces los mismos vocablos: «orden del día, pedir la palabra, protesta, proposiciones, programas, asnerías.» En verdad hubiera agradecido mucho el joven que algunos compañeros suyos no hablasen tan fuerte como hablaban, con el visible propósito de hacer que se oyese sus lindas frases y su hermosa pronunciación; algunas argucias que oía parecíanle vulgaridades trasnochadas de colegiales, y le enojaban las miradas desdeñosas que algunas maestras elegantes lanzaban á las maestras toscas, las cuales, sin embargo, solían apartarse con actitud obsequiosa para dejar sitio á las otras, y estaban escuchándolas con admiración orgullosa, lo que se veía claramente, y al propio tiempo confusas por ser compañeras de aquellas señoritas tan bien «trajeadas» (1) y de instrucción tan asombrosa. Pero después el mismo Ratti pensaba en lo que había costado á las pobres muchachas aquella plaza en Turín con que se pavoneaban. ¡Santo Dios! ¡Qué labor tan dura! Tres años de escuela normal, dos años de tirocinio gratuito entre los diez y ocho y los veinte años; unas oposiciones para la plaza de maestra suplente; tres años de servicios como suplente, con una retribución de seiscientos cincuenta pesetas al año; y después de tres años de suplente, otras oposiciones para la plaza de maestra efectiva, y después catorce años de maestra efectiva para llegar á maestra «inamovible», y, por último, después de treinta años de servicios, la jubilación máxima, ó sea lo indispensable para «tirar», sin privaciones excesi-

(1) Aunque la voz *trajeado* aparece como anticuada en el Diccionario de la Academia, al participio *trajeado* que aquí se emplea, estodavía usual y corriente en el lenguaje vulgar, por lo que considero admisible aún ese arcaísmo prematuro.

(N. del T.)

vamente grandes, en los últimos años de su existencia; ¡pero en pos de cuán larga serie de fatigas, de dificultades vencidas, de disgustos, de peligros de perderlo todo por una nonada! Pensando en estas cosas, Emilio disculpaba aquellas debilidades.

En aquel gran número de maestros hubo algunos que llamaron muy especialmente la atención de Ratti y la de otros muchos; seres originales que gozaron, en aquellos pocos días, de una celebridad amena, que se esparció luego por todo el Piemonte. Una era cierta maestra de pueblo, como de treinta y cinco años, rubia como una albina, con dos ojos de alucinada, algo atrasada de moda en sus vestidos; un prodigio de fecundidad literaria que se había revelado desde los primeros momentos, en una comida, leyendo un poema interminable. Esta buena señora necesitaba escribir, lo mismo que necesitaba respirar, y no le importaba lo que escribiese, ni cómo lo escribiese; la creación artística era para ella casi una función natural del organismo; escribía sin interrupción desde la edad de quince años; había llevado consigo un baúl enorme, atestado de manuscritos, y aún había dejado otros cuatro en casa; escribía en prosa ó en verso todo lo que veía, oía, pensaba, leía ó soñaba; había hecho la biografía de una amiga suya en tres mil versos sueltos; escrito doscientas páginas para reseñar las conferencias de cuatro días; improvisado descripciones de los alrededores de la ciudad, bastantes para formar un volumen abultado. Desde la edad de veinte años pasaba regularmente, de cada seis noches, tres escribiendo; así destruía su salud; pero cuanto más enfermaba, tanto más escribía, y además, siempre que podía empezaba á leer y leía, y leía durante horas seguidas sin tomar aliento hasta que sus amigas imploraban piedad, ó se dormían, ó emprendían la fuga, ó se desmayaban.

Lo que atenuaba la ridiculez de esta monomanía era el saberse por todos que la pobre señora, en su pueblo, enseñaba con celo, ganaba alguna cosa escribiendo discursillos, poesías y brindis para comisiones y con estos milagros de laboriosidad, y escatimándose á sí misma el alimento, mantenía á tres hermanas. Otro

tipo muy original era un maestro campesino, al cual habían puesto el apodo de «César Cantú», porque se parecía muchísimo al historiador; aparte la expresión del ingenio. Su principal mérito, único también, era una vista de alcance prodigioso, y el tal había ido á las conferencias sólo para hacer alarde de las excepciones de su órgano visual. Por donde quiera iba dando muestras de ello: por las calles leyendo muestras de tiendas á distancias enormes; en los cafés leyendo periódicos á diez pasos de distancia; en la comida haciendo que sus compañeros de mesa le presentasen cartas ó tarjetas de visita que leía desde un extremo á otro de la mesa larguísima, ya con un ojo solo, ya con los dos medio cerrados, ora moviendo la cabeza, ora mirando el papel de perfil; en una palabra, de todas maneras. Con cualquier motivo llevaba la conversaci6n al asunto de las funciones del órgano visual para dar lecciones, y, como es natural, concedía á este sentido una importancia máxima hasta para la enseñaanza; tanto que en sus alumnos educaba muy particularmente, casi exclusivamente, la vista. Profesaba esta máxima:—«La vista lo es todo» y la sostenía con gran copia de argumentos preparados muy anteriormente. ¿Qué sería la ciencia astron6mica sin la fuerza de la vista? ¿Y la paleografía? ¿Pues y la relojería? ¿Y d6nde me dejan ustedes el arte de hacer miniaturas? ¿Pues y todas las artes de precisi6n? ¿Qué vale un soldado sin buenos ojos? ¿Y para qué sirven sin una vista perspicaz, un agente de policia, un juez, un diplomático, que deben observar, estudiar los movimientos más insignificantes de las fisonomías para adivinar los pensamientos y los sentimientos ocultos? En su opini6n, la ciencia educativa de la vista se hallaba aún en mantillas; todo estaba por hacer; y hablaba de escuelas y de institutos *ad hoc* que deberían abrirse, y de bibliotecas de manuales y de tratados que habrían de escribirse. Por último, el más divertido de todos era un curita de piernas arqueadas y de rostro torcido, con unos cabellos grises y erizados que parecían púas; un ingenio agudo y chispeante, autor de casi todos los apodos graciosos que habían prevalecido, siempre un poquito á medios pelos, y

saltando como un Figaro, habilísimo imitador de voces y de gestos y muy perito en cantar cancioncillas francesas que de muchacho había aprendido en Saboya. Solamente con verlo se reían en todas partes; tenia siempre un gran círculo de admiradores en rededor suyo; á los dos días conocía ya á la mitad de sus colegas, y á todos saludaba haciendo el movimiento del floretista al dar una estocada, ocultábase en medio de las maestritas y prorrumpía en exclamaciones cómicas cuando pasaban las más bonitas:

—¡Ah! ¡Hermosa niña! ¡Ah! ¡Qué bellísima criatura!

Y le relucían los ojos de criado antiguo; fumaba cigarrillos, enviaba besos á los oradores que estaban bien; por las esquinas solía narrar anécdotas que hacía reventar de risa, y solamente cuando los maestros jóvenes querían llevar las bromas demasiado lejos, paraba serio unos segundos, y decía varias veces:

—«Est modus in rebus, est modus in rebus».

Después tornaba á comenzar peor que antes.

Durante dos ó tres días, Emilio buscó á su compañero Labaccio, pero no lo encontró. Reflexionando sobre el asunto, halló el joven muy natural que Labaccio no hubiera concurrido á un lugar en donde, entre muchas glorias, se habían mostrado también tantas llagas de la clase; en aquel campo de discusiones y de innovaciones donde se habían reunido las cabezas más calientes de la familia, no podía entrar Labaccio. Dijeron poco después á Emilio que había asistido á las conferencias un maestro del mismo municipio en que Labaccio enseñaba, y Emilio buscó á ese colega para tener noticias del antiguo amigo. Llegó mal, sin embargo, porque tropezó con una especie de Lérica en pequeño, agrío, socialista rabioso y celosísimo de la dignidad de su clase, el cual le preguntó bruscamente, mirándole de hito en hito:

—¿Es usted amigo de Labaccio?

Y dió una estocada á fondo contra el compañero: un ganapán, un dormilón podrido, un lagotero, rico de astucias y pobre de escrúpulos, que estaba bien con los rojos y con los negros, adulándolos á todos, y que sacaría dinero hasta de la espuerta de la basura

de su escuela. Habíase casado con una vieja, una patrona del asilo de Stalora, con diez años más que él, pero con el riñón bien cubierto; había hecho que le nombraran concejal, y andaba rastreando una cruz. ¡Oh! ¡Y si al menos ahora, cuando había llegado á la cima del mástil de la cucaña hubiese dejado de hacer el quitamotas! Pero, por el contrario, se había perfeccionado en el oficio. Con el propósito de prepararse votos para las nuevas elecciones, había llegado hasta el extremo de mandar que le hiciesen unos cartoncitos, en gran número, y en ellos, dibujaba Labaccio, á pluma, flores y pájaros, y escribía leyendas laudatorias; y no se celebraba un matrimonio, un bautizo, un funeral, un día del Santo en cualquier casa del pueblo sin que Labaccio enviase su cartoncito con dibujo y cubierto de adulaciones que daban náuseas: el pueblo estaba lleno. Y con articulejos y más articulejos en honor de amigos y de enemigos, y con mucho rezar en la escuela, y con muchos discursos en los repartos de premios, para decir que todo iba viento en popa, aderezaba Labaccio elogios repetidos á los inspectores, alabanzas al Consejo, aplausos á todos. En fin, una cosa que clamaba venganza. Emilio Ratti aventuró algunas observaciones: Labaccio, en el fondo, era hombre de buen corazón; por lo que á Emilio se refería, siempre le había tenido por servicial, buen amigo. Pero su interlocutor, al oírle, perdió los estribos y mal humorado gritó:

—¡Eh! Déjeme usted en paz, ¡caramba! eso quiere decir que usted no ha conocido á tan buena pieza. ¡Hombre de buen corazón! ¿No ha visto usted el último artículo de «El Avisador», en el cual trata á los maestros de mendigos que harían mejor en estudiar que en ir de puerta en puerta pordioseando con la mano tendida?

Pues bien; el que hablaba con Emilio sabía de muy buena tinta que el artículo era de Labaccio. ¡Un hombre de buen corazón! ¡Un maestro renegado que después de haber sacado la barriga de mal año, trataba á puntapiés á sus compañeros hambrientos, que turbaban sus digestiones pidiendo pan! El colega de La-

baccio sabía también que contra éste existía en el cuerpo docente gran inquina.

—Hágame usted el favor—dijo á Emilio para terminar,—cuando la ocasión se presente, de aconsejarle que nos deje tranquilos.

Y añadió lanzando á su interlocutor una mirada torva:

—Si es que le importa algo morir en su cama.

Emilio encontró también en los primeros días á la señorita Pedani sola, con un vestido de color *habana* (1), que se le ajustaba lo mismo que se ajusta un guante, y atraía las miradas de todos. Emilio le preguntó en seguida de sus exámenes. Había salido bien; pero á duras penas, con muy escasos votos, en las labores femeniles, porque había casi estropeado la camisa. Entonces, y después de darle mil parabienes, Emilio dirigió á la joven algunas preguntas, que no le había hecho en Turín por falta de tiempo, relacionadas todas con las cosas de Camina; su compañera le dió un mazo de noticias. El alcalde se había hundido en el asunto del albañal; el cura había muerto repentinamente al bajar del púlpito; también había fallecido la mujer del delegado, y éste, que se había puesto más escuálido y más amarillo, continuaba pasando horas y más horas inmóvil en su dichoso asiento, y mirado por las gentes que pasaban con cierta impresión de disgusto ó temor indefinido, como si fuese un cadáver embalsamado.

—¿Y el maestro señor Reale?—preguntó Ratti.—¿Sigue siempre lo mismo?

Era el mismo siempre, con la única diferencia de haber contraído un temblor constante de las manos que no le dejaba escribir; además se dormía en la escuela, y con eso los muchachos solían coserle al *chaquet* (2) muñecos de papel, con los cuales salía

(1) La Academia Española no incluye este vocablo con esa acepción en su Diccionario, en lo cual, á mi juicio, hace bien, porque las voces que significan caprichos y veleidades de la moda, suelen ser, como ella, efímeras, y carecen del carácter de permanencia que, por decirlo así, las aclimata en el idioma; pero como, por hoy, la palabra está admitida, es muy usual y representa una idea que expresa muy á menudo la generalidad de las gentes, no hay más remedio que emplearla aunque sea anunciando su próxima desaparición.

(2) *Chaquet* se denomina también en castellano una prenda de vestir que La Academia ha dejado sin nombre; pero... no es posible designarla de otra manera!
(N. del T.)

por la calle sin notarlo. En los últimos tiempos había ido propalando por todas partes que pensaba desafiar al diputado del distrito por una frase pronunciada en el Parlamento contra los maestros, y cuando el diputado había ido al pueblo, todos estaban esperando de Reale algún acto ruidoso de violencia; pero el maestro había cambiado repentinamente de idea, y en lugar de enviarle sus padrinos, le pidió que recomendase una instancia que él había elevado al Gobierno solicitando un socorro.

En lo que respecta á la señorita Gamelli, á la literata, dijo la señorita Pedani con la sonrisa desdeñosa del sano de buena conducta que habla del vicioso enfermo, después de un período muy breve de arrepentimiento, había recaído en la literatura, y en peores condiciones que antes. Había que decir, en honor á la verdad, que el alcalde nuevo se quejaba de que la señorita Gamelli atendía más á sus composiciones poéticas que á sus discípulas, y casi casi pensaba en despedirla; pero había sobrevenido un acontecimiento que conjuró el peligro para siempre: descuidando la escuela, había «la literata» consagrado un semestre á una gran labor de recamado, con su epigrafe en verso; un prodigio de fina ejecución y de paciencia, que su autora logró presentar y ofrecer á la Reina en Turín; la Reina envió á la maestra, como obsequio, una sortija, con una carta del jefe de Palacio; esto había prestado á la señorita Gamelli tanto prestigio y dándole tal autoridad en el pueblo, que nadie se había atrevido á molestarla desde entonces. Emilio preguntó noticias del señor Bruna.

—¡Cátalo ahí!—respondió la maestra.

Y lo dejó plantado, alejándose con sus maneras marciales.

El señor Bruna llegaba efectivamente por los soportales, con sus bondadosos ojos azules, pequeñito y risueño y medio infantil como siempre. Aquel encuentro fué para ambos verdadera fiesta. La fiesta se celebró en la hostería próxima, apurando medio litro por barba; fué uno de aquellos deliciosos ratos de gozo cuyo recuerdo dura toda la vida. Solamente hacía

un año y muy pocos días que no se habían visto, y á Emilio le parecía muchísimo tiempo. ¡Había pasado horas tan alegres al lado suyo! Ratti se consideraba dichoso tomando á ver á Bruna, tan ingenuo, tan franco como un seminarista de veinte años que se hubiese puesto una peluca blanca. ¿Y la casita? ¿Y la polenta? ¿Y los establos? ¿Y la sobrina? ¿Y el sobrino? Todo esto le preguntó casi á un mismo tiempo Emilio; al oír las dos preguntas últimas, el rostro del señor Bruna se oscureció un poco. La sobrina se había presentado por cuarta vez, y con mal éxito, á los exámenes de reválida; la habían reprobado en Aritmética; tampoco esta vez se había desalentado la pobrecilla; pero pareciale que cuanto más se obstinaba su voluntad, tanto más se debilitaba su inteligencia. Había llegado á tal punto en esto, que le ocurría á veces llenar diez páginas de cifras para sacar una cuenta de sumar ó de restar, y responder á una pregunta de historia con una definición de la gramática; aunque entre lo uno y lo otro solamente hubiera una coincidencia material de algunas palabras.

El abuso en estudiar la había conducido á ese estado. El señor Bruna comenzaba á temer seriamente por la razón de su sobrina. La desgracia de la pobrecilla muchacha había sido aquella obstinación en obtener el título de maestra, cuando habría vivido tal vez sana y contenta continuando dedicada á guardar el ganado, que era para lo que la llamaba Dios indudablemente.

En lo concerniente al sobrino, la historia, por desgracia, no era menos dolorosa. Y al llegar á este punto el señor Bruna bajó la voz. Aquel escrupulo de clérigo, ¿no es verdad?, aquella sombra de joven, todo temor de Dios, que se ruborizaba por lo más insignificante y tenía siempre las manos juntas sobre el pecho, habíase encendido poco á poco en una pasión tan voraz por la señorita Pedani, que había llegado hasta llevar á cabo los más incomprensibles despropósitos. Sí, señor; hasta esperarla en la escalera para arrojarla á sus plantas; hasta pasar las noches al raso, al pie de su ventana, en el rigor del invierno; hasta llorar en la cama y morder la almohada como un loco, y tra-

tar de envenenarse con pajuelas. En fin, la cosa había llegado á tal extremo, que había sido necesario enviarlo á otro pueblo.

—¡Ah! ¡Qué mundo!—exclamó el curita sacando su caja de rapé. ¡Oh, cuántas amarguras! Pero... ¿y usted?—preguntó serenándose de pronto—mi valiente amigo; vamos, ya veo que ha dejado usted aquí bien puesto el pabellón. ¡Maestro en Turín nada menos! ¡Oh, qué hermosa carrera! ¡Qué porvenir el suyo! Ahora ya, cuento con asistir á oír sus lecciones en la Universidad, tan cierto como lo es que ahora estamos aquí los dos.

Había en aquellos augurios exagerados tanta sinceridad y tal viveza de sentimiento, que, aún á pesar suyo, Ratti se sintió impresionado, como habría podido serlo por una profecía creíble, y gozó al oírlo repetir en la calle, cuando fué acompañando al curita hasta su posada.

Pero todas estas cosas produjeron en su ánimo, por aquellos días, impresión mucho menos honda que la que habrían producido en otra ocasión cualquiera, porque, á la sazón, todas las impresiones de Emilio Ratti estaban subordinadas al recuerdo de su entrevista con la señorita Galli, recuerdo al cual tornaba constantemente con la imaginación. Pero ya por la confusión, que aumentaba siempre, porque todos los días llegaban más forasteros; ya también por voluntad de la maestra, no consiguió hablarla otra vez. La vió dos ó tres veces más en las conferencias, muy lejos siempre, sentada en una capilla lateral y muy atenta á los oradores, con aquella lindísima expresión de su boca preciosa que al escuchar la joven permanecía un poco abierta, como un capullo de rosa ensanchado por el dedo de un niño; hallóla después bajo los soportales, acompañada por otras maestras á quienes Emilio no conocía, y una vez la halló sola; pero ella huyó del joven diciendo que la esperaban. Seguramente huía de él á propósito. Pero la sonrisa que le dirigía al despedirse siempre era la misma que le había dirigido la primera vez, cuando volvió atrás para mirarle: una sonrisa sincera en la cual había algo más que amistad, casi una caricia, el florecimiento de todos los recuer-

dos comunes, una promesa vaga, un pensamiento del porvenir del cual parecía como si la escapase el secreto, contra su voluntad. Emilio entonces no podía pensar en Faustina sino viéndola con aquella sonrisa. Aunque viera, como por fuerza había de ver, otras más jóvenes y más hermosas, cuyos semblantes respiraban también bondad, existencia laboriosa y honrada, amor á la niñez, Faustina Galli le parecía siempre más joven que todas; la boca más primorosa era siempre la suya; ninguna otra joven podía haber sufrido tanto; ninguna tenía su fuerza de espíritu; ninguna quería á los niños ni honraba la profesión como Faustina. Sentíase ahora más atraído que nunca á Turín, porque en Turín estaba ella. Mil y mil veces se ofrecía á su fantasía un cuadro: una casita en el piso cuarto en una de aquellas calles angostas de la ciudad vieja donde había sentido que le faltaba la respiración la vez primera que había ido del pueblo; una mesita donde estarían amontonados, de una parte, las labores de las alumnas; de otra, los trabajos de los niños; y después de comer juntos cada día el pan honradamente ganado, una ventana á la que se asomarian uno al lado del otro, en las noches de primavera, en pos de un día de fatiga y donde, escuchándola hablar de su padre y de sus niñas, podría él contemplar durante horas enteras los infinitos movimientos dulces, infantiles y resueltos de aquella boquita que exhalaba en palabras tan sensatas y tan nobles, toda la hermosura de su alma.

En una ocasión, sin embargo, se sintió arrancado con violencia de aquellos pensamientos, y fué al terminarse la última conferencia cuando escuchó el discurso de despedida al profesor Megari. Las últimas palabras que pronunció con el sentimiento vigoroso y el acento penetrante de sus mejores años resonaron en el silencio profundo de la iglesia, llena de gente, como las inspiradas bendiciones de un sacerdote.

—Tornad á vuestras casas, vosotros los jóvenes, tornad reanimados por el ejemplo de esos ancianos que tienen aún, después de medio siglo de fatigas, enhiesto el estandarte de la enseñanza con vigor juvenil; y vosotros, los ancianos, fortalecidos por el espectáculo

de tantos jóvenes que se aperciben con nuevos bríos y nuevos estudios á seguir el ejemplo que vosotros les habéis dado.

Volved, volved á vuestras tareas, vosotras, maestras jóvenes á quienes la patria ha confiado el santo ministerio de madres de sus hijas, de guardadoras de sus esperanzas más queridas. Tornad todas á la nobilísima ocupación de sembrar cada día en vuestro pueblo un sentimiento generoso y un pensamiento benéfico. A vosotras toca, no ya solamente la noble empresa de desarraigar la ignorancia y la superstición, sino también la de consolar la pobreza, la de alegrar la infancia que no tiene caricias, de sostener viva en el pueblo la esperanza de tiempos mejores; á vosotras corresponde enviar, por conducto de la niñez, una palabra de paz al hogar sin sosiego, la exigencia del cariño á los padres que no aman, la voz de la patria á sus enemigos ó á sus hijos indiferentes. Regresad, volved con ánimo decidido á defender la dignidad de vuestra misión, á soportar las ingratitudes, á resistir á las enemistades y á las persecuciones no merecidas, fortaleciéndoos con el pensamiento de que la mayor felicidad otorgada al hombre es la que procede de la convicción de realizar el bien sin recompensa, y de que nadie puede hacerlo mayor que él; de que cada hora de vuestro trabajo ignorado es un beneficio para la humanidad; de que el más pobre, el menos culto, el más desconocido de vosotros, el último soldado de fila de este hermoso ejército que combate sin tregua al más fuerte de los enemigos y vence sin sangre en la más fecunda de las batallas, tienen derecho al beso de su patria y á la bendición del mundo. ¡Adiós, animas niñas, veteranos venerables, soldados jóvenes, vanguardia atrevida y generosa de la nueva Era! ¡Todos á la obra! ¡Así os acompañe á todos la buena fortuna, como os sigue mi alma!»

Un grito unánime estalló al terminar estas palabras, y en realidad podía asegurarse que entonces los maestros todos: los de la ciudad y los del campo, los viejos y los jóvenes, los contentos y los descontentos, tenían una alma sola. Aquel mismo grito se repitió por la noche bajo la cubierta de la estación, donde

Megari subió al tren con un centenar de maestros que partían para Turín. El joven Emilio Ratti asistía, conmovido, á tan bello espectáculo desde la ventanilla de un vagón lleno de viajeros, en tanto que por la ventanilla inmediata asomaba la cabeza Faustina Galli, que partía con él. Las últimas palabras del Provisor resonaban todavía en el oído de Ratti. Sí: él pertenecía á su ejército y podía estar orgulloso de pertenecerle. Ese ejército tenía defectos; pero eran los defectos de su país; estaba mal armado y mal nutrido, pero esto, antes que redundar en desprestigio suyo, acrecentaba su gloria; había en sus filas soldados ineptos y pusilánimes, como los hay en todos los ejércitos; pero ¡vive Dios! que había también una legión de heroínas y de héroes ante los cuales la frente más noble podría descubrirse. Emilio los había conocido, y ¡quién sabe de cuántos héroes de esos resonaría en aquellos instantes la voz en torno suyo! Sí, Megari había dicho la verdad: nadie podía hacer en el mundo más bien que ellos, y no existía felicidad mayor que la de realizar el bien. Emilio se acordaba entonces de los momentos más felices de su vida, y eran aquellos en los cuales había tenido aplicación de aquella verdad. Su antiguo y ardiente amor á la infancia tornaba á subirle en oleadas impetuosas hasta el corazón, en tanto que fijaba sus ojos enfrente de él en el rostro de su amiga silenciosa, que le había expresado y transmitido á su alma tantas veces aquel amor con tan hermosas y tan ardientes palabras. Ambos cariños se confundían ahora en una ebullición luminosa de pensamientos y de imágenes que turbaba el alma de Emilio. Acordábase el joven de cuándo y cómo había visto á Faustina apoyada en el terradillo, con la mirada fija en el horizonte, como si ya se le apareciesen en lontananza los millares de niñas que la esperaban en años venideros, y á quienes había consagrado desde entonces toda su vida.

Emilio Ratti veía también á sus discípulos, á los de todos aquellos sus compañeros de conferencias, y á los de todo el magisterio de Italia: una muchedumbre que llenaba la vastísima campiña sembrada de luces; campiña en que ondulaban hasta donde alcanzaba su

vista y de la que se elevaba un murmullo inmenso de Océano, millones y millones de semblantes pequeños y manitas de niños que hacia ellos se tendían y solicitaban luz, bondad, protección, cariño; Emilio prometió dar todo eso, y lo juraba desde lo más hondo de su espíritu, agigantado en aquellos instantes por un sentimiento paternal que se extendía á toda la nueva generación de su patria. Y Faustina Galli, su dulce y cariñosa amiga, debía de pensar en lo mismo; ambos se miraban á menudo, y parecía como si entre sí cambiaran los pensamientos y las sensaciones que simultáneamente los agitaban: acabaron por conversar de aquella manera sin separar la vista el uno del otro, entusiasmándose alternativamente en aquella grandiosa idea de la infancia, en sus recuerdos comunes, en la esperanza de una existencia noble, útil, dichosa, llena de amor y de trabajo. Cuando el tren llegó, los labios de ambos jóvenes se estremecían, sus ojos tenían lágrimas, sus almas rebotaban de sentimiento y se buscaban. El centenar de maestros saltó al andén lanzando un último grito de ¡viva! y Faustina y Emilio quedaron solos un instante. A un tiempo mismo ambos miraban en rededor, á un tiempo mismo lanzaron ambos un ¡ah! profundo y prolongado, como si por su boca se le escapase el alma y cambiaran un beso desesperado. Bajaron después, y aún llegaron á tiempo para ver la cabeza blanca del Provisor, que desde el estribo del vagón enviaba un adiós último á la multitud ondulante, tendiendo un brazo hacia Turín en la arrogante actitud de un general que lanza su ejército á la batalla.

FIN

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO

¡ANIMO!	Pág. 5	Otro inspector.	Pág. 158
GARASCO.	21	Un día triste.	161
Las primeras amistades	21	Desencanto.	167
Las primeras lecciones	33	Las últimas visitas.	169
Una red.	39	El ex granadero.	174
La educación del sentimiento.	46	ALTARANA.	189
Los padres de los alumnos.	49	El programa del alcalde	189
Soledad.	52	La instrucción obligatoria.	195
La primera borrasca.	56	Cura y secretario.	198
Otro enemigo.	59	El maestro Calvi.	203
La visita del inspector	62	La señora Faldrizio.	208
Después de la visita.	71	Las aspirantes.	218
Otros colegas.	73	Un inspector ameno.	223
El furor de los premios	76	Nuevo personaje.	235
Problema social.	78	Los humillados del lugar.	241
La solemnidad.	85	La maestra nueva.	249
AVENTURAS DE TIERRA Y DE MAR.	93	Los primeros relámpagos.	259
PIAZZENA.	107	Celos.	265
Caras nuevas.	107	La primera bomba.	269
El alcalde y el cura.	112	¡Despedida!	272
El secreto de la maestra Fanari.	117	De mal en peor.	277
Entre la escuela y el clero.	124	Las últimas pruebas.	282
El señor Biracchio.	131	¡Lástimas!	286
Reaparición de un amigo.	136	Infortunio.	289
La vida de la aldea.	143	La terminación.	295
La batalla campal.	149	Un desengaño.	296
		Otros desengaños.	300
		La bebida.	302
		Un choque.	308
		En el despacho del provisor.	311